



Guía de lectura

EL ESPEJO DE NUESTRAS PENAS PIERRE LEMAITRE



narrativa
salamandra

Penguin **Club de lectura**

EL FENÓMENO

Siete años ha tardado Pierre Lemaitre en completar «Los hijos del desastre», una soberbia trilogía que cubre tres decenios de la historia de Francia (1910-1940) y que no tiene parangón en el panorama editorial del siglo XXI. Tanto la dimensión cuantitativa, cerca de 1.500 páginas, como la cualitativa, hacen de estas tres novelas (*Nos vemos allá arriba*, *Los colores del incendio* y *El espejo de nuestras penas*) un monumento literario paneuropeo de primer orden, a la altura de las grandes creaciones decimonónicas de Balzac y Stendhal en Francia, Tolstói en Rusia y Perez Galdós en España. No es de extrañar, pues, que *El espejo de nuestras penas* se abra con una cita del narrador canario en cuyas obras, decía Cernuda (y la reflexión casa perfectamente con las de Lemaitre), sobrevuela siempre «la trágica existencia real» de unos personajes capaces de cautivar a todo tipo de lectores porque piensan, actúan y viven como nosotros mismos.

Conocido por sus febriles incursiones en el género negro, Pierre Lemaitre irrumpió en la *champions* de la literatura con *Nos vemos allá arriba* (Salamandra, 2014), donde abordaba los problemas de integración en la sociedad de los excombatientes de la Primera Guerra Mundial. Premio Goncourt en 2013, la novela ha vendido más de dos millones de ejemplares, se ha traducido a más de treinta idiomas y se ha convertido en una película de culto de la mano del realizador Albert Dupontel.

En *Los colores del incendio*, la segunda entrega de la trilogía, en curso de adaptación a la gran pantalla por Clovis Cornillac, el autor francés reconstruía irónicamente el panorama de indigencia moral de la sociedad parisina tras la gran conflagración.

Y en la tercera, *El espejo de nuestras penas*, «una variación sobre el tema de la maternidad», Pierre Lemaitre se enfrenta a las trágicas consecuencias de la invasión alemana entre los franceses de a pie: una novela que nos atrapa, nos sacude y nos subyuga con un comienzo explosivo y adictivo en el que la protagonista, desnuda y ensangrentada, corre enloquecida por el bulevar de Montparnasse.

«Los hijos del desastre» es un soberbio fresco narrativo con un marco cronológico muy bien acotado entre las dos guerras mundiales y con unos hilos conductores que no son las grandes celebridades históricas, sino las personas normales, a las que, curiosamente, les pasan cosas muy poco normales. Y son algunos de esos parisinos sin más peripecia vital que la suya propia, como Louise Belmont o Edouard Pericourt, quienes ejercen de vasos comunicantes entre las tres novelas, y cuyos anhelos y frustraciones nos acompañan en esta aventura narrativa inconmensurable. En ella, Pierre Lemaitre, eminente cronista de la grandeza y la decadencia de una sociedad aplastada por las circunstancias, ha puesto, con generosidad y entusiasmo, de todo y en abundancia para seducirnos: secretos de familia, personajes fenomenales, una narración poderosa, giros inesperados, una estructura muy bien cimentada y copiosas dosis de tragedia y vodevil.

SINOPSIS

Estamos en la primavera de 1940, momento en que Francia se hunde en el caos a causa de la invasión alemana, y Louise Belmont —a quien conocimos en *Nos vemos allá arriba*, cuando apenas contaba diez años— es ahora una maestra de escuela que, para obtener un sobresueldo, trabaja los sábados como camarera en La Petite Bohème, un café de barrio parisino regentado por el entrañable señor Jules. Entre sus clientes habituales destaca el septuagenario doctor Thirion, que un día, de forma inesperada, le propone a Louise que se desnude ante él a cambio de dinero. Pese a sus reticencias iniciales,

la joven acaba aceptando una cita secreta en una habitación del Hotel d'Aragon y, cuando se quita la ropa, el anciano médico se pega un tiro en la cabeza.

Paralelamente a este extraño suicidio, dos soldados, el sargento Gabriel y el cabo primero Raoul Landrade, corren por los túneles de la línea Maginot temerosos de un ataque químico. Gabriel es un buen muchacho, acaso demasiado asustadizo y desconfiado, mientras que Raoul es un tipo sin escrúpulos que busca su propio beneficio a costa de quien sea. Cuando los nazis inician la invasión de Francia, estos dos hombres antagónicos comen-

zarán una huida sin fin que los llevará desde el fuerte del Mayenberg hasta la prisión de Cherche-Midi, el campamento de Les Gravières y las riberas del Loira.

El elenco de personajes se completa con Désiré Migault (también apellidado Migaud y Mignon, según las contingencias del momento), un misterioso individuo que cambia de profesión a su antojo, y que acabará su apoteosis convertido en histriónico sacerdote de un campo de refugiados tras haber ejercido como portavoz de un Ministerio de Información cuyo objetivo primordial consiste en distorsionar las noticias de la actualidad para mantener viva la moral entre la población y las tropas. Y Fernand, un guardia móvil de gran rectitud moral cuya mujer, delicada de salud, ha abandonado París ante la inminencia de la caída de la ciudad; dejando al margen sus principios por un instante, este honrado oficial se acabará llenando los bolsillos de billetes del mismísimo Banco de Francia.

El narrador se sirve de cada uno de estos cinco personajes colosales para mostrar un aspecto diferente de la debacle de Francia, al tiempo que le permiten desarrollar una historia en la que elementos en apariencia inconexos acaban confluyendo en un mismo camino.

Pierre Lemaitre está en *El espejo de nuestras penas* en la cima de su arte: narrador nato, posee el secreto para hacernos amar a personajes no especialmente brillantes en apariencia, cuyos extraordinarios avatares convierten esta novela en un pasapáginas digno del universo balzaquiano. La acción se sitúa en un periodo de tiempo muy breve, entre abril y junio de 1940, cuando toda Francia se moviliza frente a la invasión de las fuerzas nazis. En este sentido, es impresionante el trabajo de documentación del autor, que ha sabido plasmar a la perfección el ambiente reinante en París con el cierre de locales, los cortes en el metro, las alertas y el estado de ansiedad y desesperación generado por la desinformación y el éxodo. Sin embargo, esta novela es también y sobre todo una bellísima reflexión sobre el comportamiento humano: si la guerra permite la incubación de magníficos e insospechados actos de valentía, alienta asimismo la aparición de especuladores y aprovechados impenitentes como Désiré Migault, un ser polifacético con una asombrosa capacidad de adaptación a las situaciones más variopintas y cuya airosa trayectoria como usurpador es una fecunda lección sobre los límites de la credulidad humana.

FRANCIA EN 1940. EL REVERSO DE LA HISTORIA

El espejo de nuestras penas recoge uno de los momentos más trascendentales del pasado reciente de Francia: la invasión de las tropas nazis y la caída de París, pero, en vez de reconstruir los acontecimientos más destacados por los historiadores, Pierre Lemaitre opta por mostrar escenarios y situaciones cotidianos que nos ayudan a comprender mucho mejor cómo aquellos hechos afectaron a los ciudadanos del país. Así, por ejemplo, en lugar de contarnos la construcción de la línea Maginot, nos muestra a dos soldados que soportaron el horror de vivir en unos túneles cuyos sistemas de ven-

tilación eran, simplemente, defectuosos, por no decir infectos: «Aquel gigantesco fuerte subterráneo le había parecido una especie de monstruo amenazador con las fauces abiertas y listas para devorar todo lo que el Estado Mayor le enviara en sacrificio. Allí dentro vivían más de novecientos soldados, que recorrían sin cesar los kilómetros de galerías enterradas bajo miles de metros cúbicos de hormigón, en medio del ruido incesante de los grupos electrógenos y las chapas de hierro, que resonaban como alaridos de condenados, y del olor a gasoil mezclado con una humedad endémica.»

Del mismo modo, en vez de hablar-nos sobre la propaganda bélica que el Estado Mayor lanzaba para convencer a sus conciudadanos de que la situación estaba controlada, Pierre Lemaitre se inventa a un personaje poliédrico que trabaja en el Ministerio de Información y cuya labor consiste, precisamente, en transformar las malas noticias (lo que hoy llamaríamos *fake news*) con el objetivo de mantener alta la moral de la ciudadanía y la milicia: «En tiempos de guerra, la exactitud de la información es menos importante que la información que reconforta. Nuestro objetivo no es contar la verdad. Nuestra misión es más elevada, más ambiciosa. Nosotros somos los responsables de la moral de los franceses.»

El interés de Pierre Lemaitre por la Primera Guerra Mundial no está en las grandes batallas que se sucedieron a lo largo de aquellos años, sino en las calamitosas consecuencias que estas tuvieron sobre los civiles. ¿Y qué mejor manera que describir las riadas de refugiados para reflejar todo ese sufrimiento? «Fue como una desbandada de gorriones. Cientos de miles de parisinos pusieron rumbo al sur. [...]. ¿Qué se imaginaban aquellos cientos de miles de refugiados al huir de París? ¿Que el Loira sería una nueva línea Maginot? [...] El Loira solo sería una etapa más en el camino que había emprendido aquel país, presa del pánico.»

Una odisea masiva jalonada de carreteras y cunetas convertidas en el sumi-

dero de la Historia: personas, animales, enseres y vehículos son una sola masa informe y deforme, que Pierre Lemaitre describe con la plástica crudeza que las palabras poderosas son capaces de convertir en imágenes indelebles de la aniquilación: «La parte delantera del coche está destrozada y humea. [...] Louise se levanta despacio, se sacude el polvo, mira el coche... Ya no hay coche, se acabó el viaje. En realidad, ya no hay nada. Hasta donde alcanza la vista, los vehículos están despanzurrados, y los cuerpos, inmóviles en el suelo. De todas partes llegan gemidos. [...] La mujer del vestido azul esta tendida en el suelo con los ojos abiertos. Una bala le ha atravesado la garganta.»

Descripciones minuciosas que Lemaitre borda también en el caso de cárceles y campamentos de prisioneros, especialmente de Cherche-Midi y de Les Gravières, donde se hacina una turbamulta de diversa extracción, desde delincuentes comunes hasta presos políticos (sobre todo comunistas y desertores): «Los comunistas detestaban a los anarquistas, que odiaban a los supuestos espías, que a su vez aborrecían a los insumisos. [...] Y a todo ello debían añadirse las respectivas posturas de los saboteadores, los sediciosos, los derrotistas y los presuntos traidores, todos los cuales despreciaban a los presos comunes, que, por su parte, también diferenciaban entre ladrones, timadores, saqueadores y asesinos, ninguno de los cuales se habría mezclado por nada del mundo con los violadores.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *El espejo de nuestras penas* es la tercera parte de la trilogía que el autor bautizó como «Los hijos del desastre». Las dos entregas anteriores fueron *Nos vemos allá arriba* y *Los colores del incendio*. ¿Habéis leído alguna de estas novelas?
2. Pierre Lemaitre tenía hasta hace poco dos líneas de trabajo: la novela negra, con la que cosechó grandes éxitos, y la novela histórica, a la que pertenece *El espejo de nuestras penas*. ¿Conocéis su trabajo en el género negro? ¿Qué Lemaitre os gusta más?
3. La novela arranca con una secuencia realmente impactante: un hombre se suicida mientras observa a una mujer desnuda. ¿Qué os ha parecido este principio?
4. La novela se sitúa en la época de la invasión alemana de Francia. ¿Qué os ha parecido la descripción que el autor hace de aquellos años?
5. Además, el autor describe con detalle la caída de París. ¿Ha conseguido que os imaginéis aquellos momentos con claridad?
6. *El espejo de nuestras penas* es un homenaje a los diez millones de refugiados franceses que tuvieron que abandonar sus hogares y lanzarse a las carreteras a la búsqueda de algún sitio donde vivir. ¿Por qué creéis que la literatura francesa ha evitado siempre abordar este tema?
7. Además, el autor nos muestra el modo en que el gobierno francés engañó a su propio pueblo al ocultarles que la invasión alemana era inminente. ¿Creéis que los gobiernos tienen derecho a engañar a sus votantes, aunque sea en aras de mantener el orden social?

8. El autor también nos habla de las cárceles y campos de prisioneros donde se mezclaban delincuentes comunes con presos políticos. En especial, habla de la prisión de Cherche-Midi y del campo de Les Gravières. ¿Conocíais esta realidad histórica?
9. Pierre Lemaitre siempre ha dicho que quiere abordar los grandes momentos de la historia de su país a través no de los grandes personajes, sino de los ciudadanos anónimos que sufrieron sus consecuencias. ¿Os gusta este modo de afrontar la novela histórica?
10. Gabriel y Raoul forman una pareja de lo más extraña. Uno es la honradez y otro, la picardía. ¿Qué antecedentes literarios creéis que tienen estos personajes?
11. Pero hay dos protagonistas más: Désiré Migault, el hombre misterioso, y Fernand, el policía honrado. ¿Qué papel creéis que juegan estos personajes en la novela?
12. Hay cientos de novelas sobre la II Guerra Mundial. ¿Qué creéis que aporta la de Pierre Lemaitre a esta temática?
13. ¿Qué os ha parecido el estilo con el que está escrito la novela?
14. ¿Qué os ha parecido la estructura de la novela?
15. ¿Qué cambiaríais del argumento?

EL AUTOR



Escritor y guionista, **PIERRE LEMAITRE** (París, 1951) estudió Psicología, creó una empresa de formación pedagógica e impartió clases de literatura. Autor tardío, en 2006, a los cincuenta y cinco años, ganó el premio a la primera novela en el festival de Cognac con *Irène*, un libro en el que presentó a Camille Verhoeven, protagonista de una serie policiaca que incluye *Alex* (2011), *Rosy & John* (2011) y *Camille* (2012). A esa primera obra y ese primer galardón se

sumaron otros hasta llegar al Premio Goncourt 2013, el Premio Roman France Televisions, el Premio de los Libreros de Nancy-Le Point, el premio a la mejor novela francesa de 2013 de la revista *Lire* y el premio a la mejor novela del año según los libreros franceses en *Livres Hebdo* por *Nos vemos allá arriba* (2014), a la que siguieron *Tres días y una vida* (2016) y *Los colores del incendio* (2019), las tres publicadas en Salamandra.

PIERRE LEMAITRE HA DICHO

SOBRE LA TRILOGÍA «LOS HIJOS DEL DESASTRE»

Una trilogía que abarca el periodo comprendido entre el final de la Primera Guerra Mundial y el principio de la Segunda, y que aspira a ser un retrato novelesco de dicha época. A través de las peripecias de personas normales que viven experiencias nada normales, espe-

ro haber logrado mostrar lo que el país era, vivió y acabó siendo. [...] No sé si estos tres libros tienen un valor literario, pero, cuando los miro uno al lado del otro en mi biblioteca, veo un conjunto sólido. Me parece que conforman un objeto hermoso y, si yo fuera un mero lector, me sentiría muy feliz al descubrirlos. Eso es: cuando abres un libro y lo disfrutas, ¡te sientes feliz!

SOBRE EL ESPEJO DE NUESTRAS PENAS

Esta novela transcurre durante un periodo absolutamente extraordinario de la historia de Francia, un momento en el que varios millones de habitantes cruzaron el país empujados por un pánico sin parangón, que yo sepa, en la historia de Europa. Ese periodo de pánico va a cruzarse con la aventura personal de una joven llamada Louise que ha emprendido la búsqueda de una familia secreta cuya existencia acaba de descubrir, en vísperas de ese gran momento de pánico colectivo. Historia personal, historia individual, historia de amor, historia sin más, esta novela quiere ser una novela «novelesca». Este libro es una variación en torno al tema de la maternidad. Louise es una joven desdichada que no puede tener hijos. Su deseo de maternidad y su destino personal se acabarán cruzando con los avatares de este periodo extraordinariamente convulso y catastrófico.

SOBRE EL EPISODIO INICIAL DE LA NOVELA

Sé que siempre hay que poner una escena muy impactante al comienzo de una novela, porque es así como a mí me gusta leerlas. Tengo muy presente que el lector debe entrar rápidamente en el libro.

SOBRE LOUISE BELMONT

Al final de la redacción de *Nos vemos allá arriba*, comencé a conceptualizar una trilogía con el periodo de entreguerras como unidad temporal, como si se tratara de un proyecto de Balzac: tomar un personaje anteriormente secundario y colocarlo como protagonista. La pequeña Louise tenía diez años en 1920, y ahora, en 1940, es una treintañera, una edad siempre interesante para la literatura.

SOBRE LOS PERSONAJES

El interés principal de la literatura radica en la originalidad del punto de vista. Lo que yo quiero es mostrar algo que está más allá de lo típico, quiero mostrar a personas normales y corrientes sufriendo las consecuencias de la Historia. Por esa razón, nunca encontrarás en mis libros a un cirujano plástico llamado Howard, sino a personajes modestos, como un empleado de la banca o un oficial de la guardia móvil, que han quedado atrapados en la trampa de la Historia.

SOBRE EL ÉXODO DE 1940

Lo que me interesa es analizar cómo ha asumido la Historia cada una de las historias individuales que conformaron el éxodo. Fueron diez millones de personas lanzándose a la carretera en pocas semanas. ¡Es algo sin parangón en la Historia reciente! Aquel acontecimiento nos cambió para siempre.

ENTREVISTA CON EL AUTOR:

En *El espejo de nuestras penas* usted muestra las consecuencias para la población civil de la invasión alemana de Francia durante la II Guerra Mundial. Sorprende que todavía queden cosas que decir sobre ese tema.

Tienes razón a la hora de decir que hay un montón de material sobre la II Guerra Mundial y que parece imposible encontrar algo sobre lo que no se haya escrito ya, pero te sorprenderá saber que el Éxodo, que es como los franceses llamamos al desplazamiento masivo de ciudadanos durante el mes de junio de 1940, es decir, cuando se produjo la ocupación de París, ha sido objeto de muy poco tratamiento literario. Cuando inicié mi investigación, descubrí que sólo había tres novelas y dos películas que mostraban el que sin duda es uno de los mayores dramas del país. Y enseguida me di cuenta de que había encontrado un punto ciego en la Historia francesa.

Y, ¿por qué cree que se ha hablado tan poco sobre ese asunto?

Tengo una hipótesis: creo que a los franceses no les gusta recordar esa etapa oscura de su pasado. A fin de cuentas, se trata de un recuerdo que muestra a todo un país presa del pánico, y nadie quiere verse reflejado en ese espejo. Por eso hay tan pocos cineastas y escritores que se hayan acercado al tema. Al principio, me preocupó que la gente no quisiera leer mi libro precisamente por abordar un asunto que nadie quería recordar, pero entonces elaboré una segunda hipótesis, según la cual ya había pasado suficiente tiempo como para que la gente se atreviera a encarar su pasado como pueblo y como para que se mirara al fin en el espejo de la Historia. Y resulta que tuve razón, porque el éxito de la novela demuestra que la población ansiaba una ficción sobre el Éxodo al que se vieron abocados más de diez millones de franceses.

De sus palabras se deduce que, de las tres novelas que componen su trilogía «Los hijos del hambre», ésta ha sido la que más miedo le ha provocado. Me refiero al temor a la reacción de los lectores.

En realidad, sentí miedo con las tres, pero con cada una de un modo diferente. El miedo de la primera provenía del hecho de haber salido de mi zona de confort, que era la literatura policíaca, y adentrarme en un terreno nuevo, que era el de la novela histórica; el de la segunda, del hecho de tener que demostrar que me dieron en Gon-

court mercedamente, y todos sabemos que, cuando un escritor gana un premio como ése, enseguida genera rencor a su alrededor; y el de la tercera era un miedo a que la gente estuviera cansada de la trilogía y no quisiera leer nada más. Por suerte, en las tres ocasiones me equivoqué.

Además del Éxodo, otro de los grandes temas de la novela es el de las cárceles y los campos de prisioneros donde los delincuentes comunes convivían con los presos políticos.

El espejo de nuestras penas tiene una estructura bastante especial. Hay cuatro vías narrativas que discurren en paralelo y que convergen en un momento determinado de la novela, que es cuando alguien hace un discurso sobre los motivos de la existencia de esos campos de refugiados. Ahí es donde se unen las cuatro historias. Tal vez no sea el momento más emocionante de la novela, pero, desde una perspectiva política, histórica y social, sin duda es el momento más importante de todo el libro. Porque ese personaje explica que, cuando un cataclismo nos asola, los ciudadanos tenemos que mantener nuestros valores. Los valores esenciales, aquellos que nos definen como seres humanos y también como pueblo, son los que impiden que, en situaciones dramáticas, salga lo peor de nosotros mismos. Sólo los valores nos pueden salvar del caos.

Usted también muestra el modo en que el Ministerio de Información alteraba las noticias para mantener la moral de la tropa alta y para tranquilizar a la población. Esa forma de mentir parece un antecedente de las *fake news*.

Siempre he tenido claro que no quiero dar ninguna lección a los lectores, pero eso no quita que, cuando, investigando en un periodo histórico, encuentras una situación que tiene cierto eco en el presente, estás obligado a reflexionar sobre ella. Y eso es lo que ocurrió durante la documentación de esta novela. Descubrí que existían las mentiras de Estado, que es algo diferente a las *fake news* actuales. Las *fake news* son mentiras individuales que corren por las redes sociales y que se difunden en ámbitos privados. Pero en aquel entonces lo que encontramos es que el Estado mentía para tranquilizar al pueblo francés y le hacía creer que la situación estaba controlada, cuando no era así en absoluto. Por ejemplo, cuatro días antes de que Hitler entrara en París —no en Francia, sino en París—, la prensa todavía ponía grandes titulares en los que ensalzaba los éxitos obtenidos por el ejército francés, cuando a esas alturas ya era evidente que los nazis estaban ganando la batalla. Curiosamente, este tipo de mentiras de estado reverberan en la actualidad y en especial durante la pandemia que estamos viviendo. Hace poco veíamos a Emmanuel Macron diciendo en televisión que las mascarillas no eran necesarias. No quería reconocer que no había suficientes mascarillas para todos y creó una mentira de Estado. Después, cuando llegaron los lotes de mascarillas, cambió de argumentación y empezó a decir que eran absolutamente necesarias. De alguna manera, esta forma de tratar a la gente es la misma que tuvieron los dirigentes franceses poco antes de que el país perdiera su soberanía.

En *El espejo de nuestras penas*, usted recupera a Louise Belong, un personaje a quien conocimos en *Nos vemos allá arriba*, cuando tenía diez años. Ahora la reencontramos convertida en toda una mujer. Cuando escribió aquella primera novela, ¿ya sabía que recuperaría a ese personaje?

Yo sabía que Louise volvería, porque en el epílogo de *Nos vemos allá arriba* ya anunciaba que nos la reencontraríamos en 1940. Pero reconozco que, en aquel momento, desconocía cómo sería ella misma años después. Es decir, quería recuperarla, pero en mi imaginación todavía no sabía cómo le iría la vida. Por tanto, cuando me puse a escribir el tercer título, me tuve que sentar a pensar qué le había ocurrido en todo ese tiempo.

En *El espejo de nuestras penas*, y al igual que en las otras dos novelas que componen su trilogía, usted desprecia a los grandes personajes de la época y se centra en los ciudadanos normales y corrientes. Eso es algo que también están haciendo otros escritores franceses. ¿A qué responde esta reformulación de la novela histórica?

Es curioso lo que dices, porque no lo había pensado. Pero es cierto que cada vez hay más novelas históricas que toman como personajes principales a gente del pueblo, a personas ordinarias. Se me ocurren varias motivaciones: las novelas en la que aparecían personajes reales, normalmente personajes ilustres de nuestro pasado, correspondían, en cierta manera, a una forma de concebir nuestra Historia, una forma que podría resumirse así: la Historia de Francia —o de cualquier país— es la historia de sus grandes hombres. Pero ahora los escritores centran su interés en los personajes menores, y creo que eso ocurre porque la gente ya no se fía de las élites. Ahora desconfiamos de quienes dirigen los países y la literatura, como caja de resonancia de las inquietudes del pueblo que es, recoge ese rechazo a los líderes y lo materializa haciéndolos desaparecer de las narraciones y colocando a personas normales en el centro de las mismas.

¿Cree que la invasión alemana sigue latente en el inconsciente colectivo francés?

Diría que la crisis sanitaria que vivimos en la actualidad nos ha demostrado que el pueblo francés está mejor informado y es más culto que en 1940. La pandemia nos ha pillado tan desprevenidos como la invasión alemana de 1940, pero ahora hemos sido mucho más disciplinados, hemos entendido el mensaje, hemos respetado las normas. En 1940 el pueblo no tenía las claves para entender qué estaba ocurriendo y los políticos lanzaban consignas que la gente ni entendía ni quería cumplir. Seguimos siendo el mismo pueblo valiente de entonces, pero ahora sabemos manejar la información. Y eso se explica por el hecho de que el nivel educativo y cultural de la población es más elevado.

¿Qué siente al saber que ha terminado una trilogía que, de alguna manera, ayuda a entender la historia de su país? ¿Se siente orgulloso?

Si estuviera ante un periodista francés, le diría que no, porque siempre hay que evitar ser arrogante o pretencioso. Pero con los lectores españoles voy a ser sincero: con

toda la modestia del mundo, me atreveré a decir que estoy contento de haber arrojado un poco de luz sobre la historia de Francia. O, al menos, de haber iluminado un ángulo un tanto oscuro de nuestro pasado. Cuando apareció *Nos vemos allá arriba*, en Francia estábamos celebrando el centenario de la I Guerra Mundial, y ningún escritor había abordado con seriedad el tema de cómo se había salido de aquella guerra. Los historiadores sí que lo habían hecho, claro, pero los escritores no. En ese sentido, mi novela fue algo novedoso, porque explicaba el final de la I Guerra Mundial de un modo distinto. En cuanto a los otros dos títulos, me gusta pensar que también han cumplido su función. Cada uno de los libros mira la historia desde una perspectiva distinta a la habitual, y eso me gusta. Creo que ahí está la originalidad de la trilogía. Cada una de las narraciones se interesa por la Historia desde una perspectiva o desde un ángulo poco habitual.

Ya ha cerrado la trilogía. Y ahora, ¿qué?

Estoy escribiendo una nueva novela que arranca en los inicios de la década del 50. Tras trabajar los años 20, 30 y 40, ahora salto a los 50. Quiero explorar los llamados «Treinta Gloriosos», que son esos treinta años que vinieron tras la II Guerra Mundial y en los que todo iba bien: no había desempleo, el ascensor social funcionaba y los hijos vivían mejor que sus padres. El mundo progresaba socialmente y Francia disfrutó de la vida. La novela arranca en eso que entonces se llamaba Indochina y que fue el escenario de una guerra muy olvidada. Se conocen mucho las guerras de Argelia y Vietnam (desde la perspectiva estadounidense, claro), pero poco de la de Indochina.

Y, ¿no vuelve a la novela negra?

No, ya no va a haber más novelas negras de Pierre Lemaitre. Nunca más. Ahora estoy en un periodo de novelas históricas, y ahí me quedo.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Pierre Lemaitre paga sus deudas con intereses y devuelve con creces lo que la literatura le ha dado.»

Le Monde

«Además de su talento para construir un relato, la grandeza de Pierre Lemaitre radica en intercalar la dosis justa de lirismo y humor en un argumento trágico.»

La Croix

«Acción, aventuras, secretos y palabras; y todo ello aderezado con cadencia y vigor.»

RTBF

«Nadie trabaja sus obras en Francia como Pierre Lemaitre: cincela el texto, lo dota de ritmo, vueltas de tuerca y diálogos expresivos.»

Franceinfo

ENLACES DE INTERÉS

Pierre Lemaitre cierra su trilogía sobre el periodo de entreguerras en Francia con *El espejo de nuestras penas*. RTVE.

<https://www.rtve.es/alacarta/videos/programa/pierre-lemaitre-cierra-su-trilogia-sobre-periodo-entreguerras-francia-espejo-nuestras-penas/5651454/>

